

Policías y periodistas: desencuentros y crisis

JOSÉ MARTÍ GÓMEZ*

Periodista de *La Vanguardia*

11

1. DOS MUNDOS INCOMPATIBLES OBLIGADOS A ENTENDERSE

La relación prensa-policía es conflictiva por la propia naturaleza del trabajo de ambas profesiones. El policía investiga y la investigación es un trabajo que requiere discreción. La finalidad de la investigación que debería llevar a cabo el periodista especializado en sucesos tiende a hacer público el mayor número de datos posibles. Si es posible que los datos obtenidos hayan sido clasificados como confidenciales, mejor.

El problema de fondo en la relación policía-periodista está en la forma que tiene la policía —todas las policías— de canalizar la información a través de unas jefaturas de prensa que facilitan unas notas burocráticas de una pobreza que siempre resulta mucho más estremecedora que el delito que se cuenta.

El periodista que se limite a las fuentes de los gabinetes de prensa de los diferentes cuerpos policiales tiene sus días contados como redactor de sucesos. Consciente de ello, el periodista busca confidencias de los propios policías poniendo en práctica el método más antiguo que tiene el manual de la profesión para trabajos de zapa: ganándose la confianza de los policías más introvertidos a base de compartir desayunos, almuerzos, cenas y farras, que en unos casos acaban mal y en otros permite tener acceso a historias pintorescas, como la que vivieron los asistentes a la celebración, hace una decena de años, de un almuerzo en la festividad del patrón del Cuerpo General de Policía. «Que venga el acordeonista», ordenó el comisario que presidía el ágape. Personado el acordeonista del restaurante, que dijo llamarse Juan, y preguntado si sabía tocar el *Cara al sol* respondió afirmativamente, oído lo cual el comisario le conminó a tocar la pieza y, brazo en alto, la cantó junto a

* Este no es un trabajo con pretensiones de tesis sobre la relación entre policías y periodistas. El autor no se considera capacitado para llevar a cabo ese análisis. Este trabajo es simplemente una reflexión inspirada exclusivamente en la experiencia personal y, como tal, debe leerse.

otros comensales, dato que ninguno de los periodistas que asistieron al evento publicó porque estaban allí como amigos y no como profesionales de la información.

El método de alturne policías-periodistas está probado que da excelentes resultados pero conlleva dos graves inconvenientes para el periodista: su hígado y la calidad de la información acaban resistiéndose porque se bebe alcohol en exceso y a medio plazo la relación profesional policía-periodista acaba en un compadreo peligroso en el que todo sopló acaba calificándose como un brillante servicio que, en muchos casos, solamente sobrevive las horas que median entre la detención y la presentación de los detenidos ante el juez de guardia.

2. TÚ EN TU SITIO Y YO EN EL MÍO

Mi experiencia personal indica que compartir desayunos, almuerzos, cenas y farras es bueno siempre que el periodista y el policía sepan decirse, tácitamente, «tú en tu sitio y yo en el mío».

A partir de ahí la colaboración creo que puede ser más fructífera que la del compadreo. El periodista ha de saber moverse al margen de la oficina de prensa sin renunciar a tres premisas:

- a) sus informadores tienen que ser conscientes de que no debe ser manipulado;
- b) han de ser conscientes de que el periodista puede criticar su trabajo si hay base para ello;
- c) el periodista también ha de ser consciente de que hay cosas que no puede saber y que si los policías se las cuentan pidiéndole que no las publique lo debe respetar escrupulosamente.

Tanta obviedad viene a resultar que se obvia en la práctica, pero en mi memoria personal siempre guardaré un grato recuerdo del inspector que me informaba de todos los aconteceres de la Jefatura Superior de Policía y cuando el *baranda* llamaba a capítulo a los jefes de grupo para pegar una bronca por tanta filtración mi garganta profunda pedía a gritos, con el rostro convulsionado por la ira, que se colgase de los cojones al que se chivaba. Luego, bajaba al teléfono de la esquina, marcaba mi número y me decía: «De puta madre lo de hoy. El *baranda* está hecho una fiera». Ese tipo de policías, un mirlo blanco para un periodista, es una especie en extinción y reconozco que recomendar, en una revista como ésta, que se potencien *mossos* con esa facilidad de desdoblamiento a lo Fregoli no es lo que se espera de este artículo.

3. LAS RIVALIDADES

Retrocedamos en el tiempo y situémonos ante la puerta de la sucursal del Banco Hispano Americano, el primero de Barcelona en sufrir un atraco con rehenes.

- Es como un telefilm —comentaba uno de los mirones.
- Mis queridos atracadores... —imploraba el gobernador civil a través de megafonía.
- Energía y mano dura —exigían los mandos de la Policía Nacional que se mostraban partidarios de entrar en el banco a sangre y fuego.
- Salvemos a los rehenes y dejemos huir a los atracadores. Les cogemos más adelante —opinaban los mandos del Cuerpo General de Policía.

Se impuso esta opción y cuando los atracadores huían en un vehículo y un policía secreta se aprestaba a seguirlos a bordo de una motocicleta los policías municipales allí presentes se sintieron obligados a colaborar y detuvieron al secreta pese a que éste trataba de identificarse alzando la voz de tal forma que incluso los atracadores que huían velozmente se debieron enterar de que aquel joven con barba y tejanos que montaba una moto de gran cilindrada era un policía secreta y no, como su aspecto nos podía hacer creer, otro delincuente.

En el lugar estaban también la Guardia Civil de paisano. Ese día no hizo nada ni opinó, pero al día siguiente se puso a buscar a los atracadores, cosa que también hicieron los otros cuerpos, cada uno por su lado, y fue la Guardia Civil la que se apuntó el tanto.

Esta historia rescatada de mi archivo refleja que fue, durante los años del franquismo, lo que desde el poder se vino en definir como «fraternal colaboración de los cuerpos de seguridad del Estado». Hay quien sostiene que esa rivalidad entre diferentes cuerpos de seguridad no ha sido mala pero yo opino lo contrario. Creo que ha sido negativa porque diversificó esfuerzos, multiplicó gastos y originó celos que entorpecieron muchas de las investigaciones en marcha.

Los abogados con buen oficio explotaron la rivalidad entre los diversos cuerpos policiales. Los que tenían un cliente al que buscaba el Cuerpo General de Policía le aconsejaban que se entregase a la Guardia Civil, o a la inversa: «Lo buscaban los picos y le he aconsejado que se entregase a vosotros porque sois fenómenos», explicaba el abogado en el momento de llevar a cabo la operación.

A los periodistas las rivalidades policiales les afectaban porque el que era mimado en un cuerpo recibía pocas confidencias de los restantes. Me pregunto si en cierta forma esto no continúa sucediendo todavía hoy. Hay determinadas informaciones que, como simple lector con algunos años de experiencia en el tema, me huelo que han sido facilitadas al periodista por el cuerpo que ha realizado el servicio. Nada que objetar. La noticia debe ser como el campo: para el que se la trabaja. No es de recibo, sin embargo, que el periodista, el que sea, ponga el grito en el cielo ante la exclusiva que otro cuerpo de seguridad le ha dado a un colega por el que siente más simpatía.

Porque en el fondo todo es cuestión de copas y de simpatía. Si no hay un confidente el periodista no se come ninguna información policial ni el policía encuentra el hilo que le lleva a desenmarañar la compleja madeja de todo delito.

Seamos sinceros: lo del trabajo de investigación es una metáfora.

4. EL PERIODISTA ANTE EL ESPEJO

Tras jugar un papel destacado en la transición, el periodista ha tendido a mirarse excesivamente en el espejo preguntándose, coquetamente, si hay alguien más influyente que él.

El periodista es un profesional proletarizado que ha perdido el control de las redacciones, si es que alguna vez las tuvo. Relaciones públicas y empresas con jugosa cartera publicitaria influyen en los medios de forma diría que agobiante. Javier de la Rosa nunca fue cuestionado por los medios de información hasta que entró en crisis. Hasta entonces era un modelo de empresario. Como Mario Conde, de la Rosa fue un producto mediático al que nadie cuestionó, entre otras cosas porque muchos periodistas y más de un policía trabajaron para él de forma encubierta.

Como espacio de libertad al periodista le queda el suceso. La crónica de un crimen vende y no crea complicaciones, salvo que el asesino sea hijo de buena familia y para ese caso está el recurso de las iniciales. Este es un país en el que la presunción de inocencia depende del medio social del sospechoso. Los periodistas somos proclives, de buena o mala gana, por cobardía o por ser sensibles, a la sugerencia de la voz que, a través del teléfono, nos llega «desde arriba» para matizarnos la crónica: «Ya sabes: es familia de fulano...». Creo, por lo que me han contado, que el policía también recibe algunas veces llamadas de este tipo.

5. LA SUTIL MATERIA PRIMA SHAKESPEARIANA

Los periodistas solemos ser injustos con los policías. Les exigimos en ocasiones más información de la que nos pueden dar. No creo que con sus omisiones vulneren el derecho a la información. Creo que es un derecho legítimo preservar el material informativo que consideran no debe ser hecho público. Bajo la presión de los medios no es de extrañar que, sin siquiera haberlo leído, más de un policía suscriba mentalmente la frase de un personaje del dramaturgo inglés Tom Stopard: «Estoy a favor de la libertad de expresión siempre que antes hayan sido fusilados todos los periodistas».

Los policías suelen cometer con los periodistas el error de aspirar a que en sus crónicas no aparezca un asomo de crítica a la labor policial. Es la lógica aplastante de un país en el que el corporativismo está muy arraigado. Suelen también cometer el error de ser poco sensibles a las problemáticas sociales que llevan a la marginalidad, y con eso no quiero decir que todo delincuente sea una víctima de la sociedad pero sí que es responsabilidad de todos preguntarse qué lleva a un adolescente al mundo de la delincuencia. La frase de Tom Stopard fue reciclada, sin él saberlo, por un jefe de grupo de la Jefatura de Policía de Barcelona que me dijo, mostrándome un reportaje que acababa de leer: «Otra vez con tu historia de la marginalidad social... La delincuencia de este país no se acabará hasta el día que entren en la cárcel a un mismo tiempo el delincuente, el abogado que le defiende y el periodista que le define como víctima de la sociedad». El paso de los años, curiosa paradoja, llevó a la cárcel a aquel brillante jefe de grupo.

Si el periodista tiende a mirarse excesivamente en el espejo, el policía tiende a recluirse no menos excesivamente en su gueto. Son dos actitudes equivocadas. El periodista y el policía deben ser conscientes de que su trabajo nace en la calle, gastando suelas de zapatos, contactando con los individuos portadores de problemas, sueños, grandeza y miseria.

Soy un enamorado del Pietro Germi de *Un maldito embrollo*. Del policía con problemas, con accesos de ira, con capacidad para comprender que los individuos sufren y que precisamente por ello el policía —como el médico que evita la hemorragia sentimental— ha de blindarse contra la ternura, pero no ha de avergonzarse cuando ésta aflora.

Policías y periodistas de sucesos trabajan con la sutil materia prima de las obras shakespearianas: los celos, la codicia, la pasión, la tragedia y la comedia, porque en todo suceso, por horrible que sea, los policías y los periodistas sensibles encontrarán el pequeño detalle, nimio en la frondosidad del atestado o el sumario, que les confirmará lo que hay de complejo, atrabilario, ignorante, soberbio en el ser humano.

Recuerdo la historia de un hombre detenido tras apuñalar a su amante de catorce años porque, aprovechando su estancia en prisión, se había metido en la cama con otro hombre. «Muerte por parada cardiorespiratoria», fue el dictamen del médico forense. Cuando el asesino se enteró dijo entre risotadas: «Vaya médico de mierda. Le pegué veintisiete puñaladas, que las conté bien y noté mi brazo cansado, y viene ese imbécil y dice que la nena murió de parada cardiorespiratoria. A todo lo llaman médico».

6. DOS PROFESIONES EN CRISIS

Una de las últimas encuestas del CIS¹ revelaba que el periodismo era una de las profesiones con menor valoración social. La policía estaba mucho más valorada pero es un hecho que también es una profesión con crisis de credibilidad.

La crisis de las dos profesiones no se circunscriben al ámbito de este país. Son crisis perceptibles en todos los países desarrollados. En 1996 la Fundación Sabino Arana organizó una jornada sobre el modelo policial europeo y el profesor John Vervaele, de la Universidad de Utrech, dijo: «Hubo una vez un país que todas las noches se iba a dormir tranquilo y confiando en sus policías. No es el principio de un cuento. El país es real y se llama Holanda».

El hermoso cuento empezó a vislumbrarse que iba a tener un final infeliz a principios de 1990: «Hoy la confianza de los ciudadanos holandeses en su policía acabó por completo», sentenció el profesor Vervaele a modo de epílogo.

Es posible que esa crisis de credibilidad tenga que ver con los cambios que las sociedades industrializadas están viviendo a un ritmo frenético, cambios a los que ni el periodismo —que ha tendido a la frivolidad de la información— ni los policías —reticentes a abrirse a la sociedad— se terminan de adaptar.

1. Centro de Investigaciones Sociológicas.

Según el profesor Manuel Ballvé, «tras las historias de unos hombres con uniformes, armas y acreditaciones, hay muchos años de debate y de lucha dilucidando al servicio de quien están esos hombres: los policías como defensa del Estado, defensa del ciudadano o defensa de un autócrata».

Sin uniformes y sin armas, pero sí con acreditaciones, se podría decir lo mismo de los periodistas.

Todo depende de la empresa, del país y de la política bajo la que a unos y a otros, policías y periodistas, nos haya tocado vivir, así como de la fuerza moral que unos y otros hayan reunido para superar las adversidades. Por encima de las limitaciones que pueda imponer el poder —sea político o económico— es irrefutable que siempre hay opciones para continuar siendo decentes.

16
Simplemente decentes. Ya es suficiente. Es justificar unas vidas, unas profesiones, las de policía y periodista, que por su contacto con el lado más oscuro de la soledad tienen el cohecho, el ejercer tráfico de influencias, el participar en casos de corrupción o el excederse en el uso del poder al amparo de una pistola o de una columna, como tentadoras compañeras de viaje. Somos dos profesionales que cuando salimos a la calle y nos decidimos a gastar suelas de nuestros zapatos nos movemos siempre en el filo de la navaja.

En ese mundo de frontera moral que tanto fascinaba a Graham Greene, un escritor con obras que deberían ser de lectura obligatoria en escuelas de policía y en facultades de ciencias de la información porque, como ha escrito Martín Amis «pese a su esquematismo, despertaba la conciencia».